

«Aunque no el más poderoso por su influencia, el de más originalidad como temperamento de estos dos jóvenes fué el poeta colombiano JOSÉ ASUNCIÓN SILVA cuyas obras han sido editadas con cariño por el señor Sanín Cano. La vida de Silva fué demasiado corta para que él hubiera podido lucir las prendas todas de su sensibilidad. Le puso fin a sus días voluntariamente antes de llegar a los 32 años. Alrededor de su tumba todavía fresca nacieron todo género de leyendas fantásticas que se dilataron en seguida a los cuatro vientos. Respaldados por la mejor autoridad podemos decir que carecen de fundamento todas ellas. Creo estar justificado para designarlas con el nombre de invenciones malignas. Muchos enemigos había de tener seguramente hombre tan afortunado en lo intelectual como Silva. La raza española no está más exenta de envidia que el resto de las gentes. Los hechos reales referentes a su vida parecen casi baladías en su absoluta sencillez. Silva perdió a su padre siendo muy joven y poco después a su hermana. Heredó del primero un acopio de deudas a satisfacer las cuales, como se tratara de un caso de honor, se dedicó con ahinco. Tuvo demasiada confianza en sus fuerzas y, a poco andar, descubrió que la carga era demasiado pesada para sus hombros. Tal es la humilde verdad. Silva era demasiado sensible para soportar el contacto con el cúmulo de responsabilidades que habían amontonado sobre él los hados inclementes. Pero su sensibilidad, indefensa ante las crudezas de la vida material, fué su salvación en la vida del arte. Como colombiano que era, tenía un conocimiento más vasto de las literaturas extranjeras y mayor interés en su estudio de lo que es usual en España; su curiosidad intelectual nunca llegó a adormecerse; su oído intransigente pugnaba con la pesadez de lo que los españoles de entonces apreciaban como música verbal. Trató de substituir el estruendo metálico de la música verbal entonces en boga por una melodía mejor graduada, más aérea, más sutil. Muy joven todavía empezó a publicar en diarios locales poemas de que se apoderaba sin demora la prensa del mundo hispano, poemas que lograron, por caminos desviados, llegar al fin a España donde conmovieron la imaginación de unos pocos artífices curiosos o insatisfechos. Silva dejó memoria de sus aspiraciones como artista en un poema que ha sido traducido en inglés con mano firme y competente, aunque en forma un tanto abreviada, por un admirador a quien circunstancias semejantes a las de Silva impulsaron a un fin igualmente trágico».

(Aquí citó en toda su extensión el

conferenciante la poesía de Silva en que el poeta empieza diciendo:

*Soñaba en ese entonces en forjar un poema,
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y su-
[prema.
Escogí entre un asunto grotesco y otro trá-
[gico,
llamé a todos los ritmos con un conjuro má-
[gico
y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y bus-
[cándose,
ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos gra-
[ves,
unos cual choque de armas, otros cual canto
[de aves...*

El poema en que se van presentando las diversas estrofas castellanas con atavíos y ademanes que de allí en adelante quedaron grabados en nuestra memoria como si fueran el ropaje y la actitud característica de aquellas formas métricas:

*Tascando frenos áureos bajo las riendas frá-
[giles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;
abriéndose ancho campo por entre aquella
[grey
vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey...*

Y el poema, en fin, de que el poeta dice:

*complacido en mis versos, con orgullo de
[artista
le di olor de heliotropos y color de amatista,*

para mostrarlo en seguida a un crítico estupendo que leyó muchas veces y le dijo: no entiendo.

«Todo depende, sin duda—continúa el profesor—de lo que el crítico estuviese buscando. Puede este censor haber sido un primo del místico estudiante de matemáticas que observó, acabando de leer el *Paraíso Perdido*: «Todo esto está muy bien; ¿pero qué es lo que se trata de demostrar?»⁽²⁾

«El crítico de Silva debió ser «estupendo», en verdad, si no fué capaz de notar que tenía delante de sí una cosa sin precedente en la literatura espa-

(2) «Senior wrangler», como dice el texto, no tiene equivalente en español. Las matemáticas son una especialidad de Cambridge. Todos los que suben a la primera clase se llaman «wranglers», los de la segunda, «senior óptimos» y los de la tercera «junior óptimos». A lo menos esta nomenclatura correspondía a la usanza de tiempos no muy remotos. El alumno sobresaliente de la primera clase era el «senior wrangler». Se les llamaba así tal vez porque tenían que sostener su tesis «viva y ce». En un lugar como Cambridge el «senior wrangler» era mirado como un ente sobrehumano. Los novelistas que se escogían un héroe entre la turba de los civiles hacían de él un «estudiante sobresaliente en matemáticas»; así como al elegir un soldado para llenar el puesto de héroe lo adornaban con la «cruz de Victoria». Todo género de leyendas cristalizaron al rededor del «senior wrangler» de quien se creía que estaba dominado por una noción exagerada de su incomparable superioridad. Una de estas leyendas dice de un «senior wrangler» de reciente ascenso que, viniendo a Londres, hubo de entrar a un teatro al mismo tiempo que el rey. La banda tocó el himno nacional. Sin saber que el rey estuviera presente el estudiante de matemáticas dió por sentado que su fama había llegado a la capital, creyó que la banda tocaba en su honor, y con aire de gravedad se levantó a dar las gracias por el merecido cumplimento. Otro tipo de la especie era el que no creía más que en la razón pura. A uno de éstos se refiere la anécdota relativa al «Par. Iso Perdido».—Nota suministrada al traductor por el conferenciante mismo.

ñola, una revaluación de los valores verbales, el reconocimiento de la existencia de medios tonos y matices, una manera de tenuidad y sutileza añadida a una prosodia cristalizada en formas rígidas. El crítico estupendo fué menos perspicaz que muchos lectores más modestos, libres de la pretensión de imponer inflexiblemente su autoridad. Vino a ser moda decir que Silva había inventado una nueva forma de verso castellano. Pero no es fácil inventar nuevas formas en métrica. Silva mismo tuvo cuidado de repudiar este género de paternidad. Hizo ver que su innovación consistía principalmente en variar los acentos autorizados por la tradición y se complacía con delectación humorística en afirmar que le había servido de modelo Tomás de Iriarte, inteligencia prosaica, pero sorprendente por la firmeza del oído y por el conocimiento de los recursos en que abunda la técnica del verso español, como pueden verlo ustedes con echar la vista sobre la nueva edición de las *Fábulas literarias* que ha hecho la Prensa de Clarendon, en Oxford.

«Silva es un ejemplo interesantísimo del precursor iluminado, pero no residió en Madrid (no sé siquiera si visitó a España durante su estada en Europa), y como sus versos no fueron publicados en libro sino después de su muerte, su influencia en España aunque muy real, fué, de necesidad, limitada en su extensión. No fué tal el caso en la América española donde sus poemas recorrieron el continente y cayeron de seguro en manos de un joven nicaragüense, casi de la misma edad que Silva. Hablo de RUBÉN DARÍO que ha dejado de existir después de publicado el «Oxford Book of Spanish Verse», en donde las fechas relativas al nacimiento y muerte del poeta deben ser «1867-1916». Rubén Darío no fué su nombre civil. Como él mismo lo refiere en su autobiografía debíamos conocerle bajo el dictado de «Félix Rubén García Sarmiento». Pero como en el caso de Góngora, el uso y la costumbre se impusieron, por lo cual es preciso que le designemos con el nombre que él hizo famoso. Niño precoz, Darío comenzó a hacer versos en una edad muy temprana, entró luego a la carrera diplomática y de este modo logró trabar relaciones con los literatos más visibles. Las alternativas de la política le llevaron a ser ministro de Nicaragua en Madrid, en 1892. Usó de su posición como un punto de apoyo y por medio de los preceptos y del ejemplo imbuyó de sus teorías a la nueva generación. Se puede decir a primera vista si un poeta español cualquiera vivió después de Darío o no. Tal vez nadie, fuera de Boscán, hizo revolución tan completa en los modos poéticos. Sus versos tempranos, los